

ya mucho tiempo que con atronadoras voces nos venían clamando a los oídos contra la propiedad privada, tanto que nosotros por verla abolida estábamos prontos a cometer cualquier fechoría, aún la mismísima revolución. Ahora que hemos hecho esta prueba os pedimos que nos volváis a nuestro estado primitivo. Solamente os suplicamos que prohibáis la maldad, las injusticias, ambiciones, glotonerías, especialmente en aquellos que gobiernan y tienen posesiones; y esto bastará.

—Pero, ¡si tengo ya todo eso prohibido en mi ley! He amenazado con severos castigos a quien defraude su jornal al operario, a quien no tiene misericordia de los infelices; he mandado repetir la parábola del rico Epulón, precisamente por esto; he mandado predicar que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el paraíso. ¿Qué más queréis?

—¡Que hagáis observar esa ley!
—Si yo obligase a los hombres a cumplir necesariamente lo que es justo, les quitaría libertad, y por consiguiente, el mérito de las buenas obras. Al contrario, yo intento dejaros a todos libres, para que obrando libre y espontáneamente el bien, podáis ganaros el premio reservado a los justos. Este es el fin para el cual os he creado.

—De modo ¿qué no hay otro remedio.

—El remedio, lo tenéis en mi ley, en mi Evangelio, en mi Religión. Pero si vosotros, tanto ricos como pobres, no queréis saber de Religión, ni de Evangelio, ni de ley divina... ¿qué culpa tengo yo? Si os acogéis a mi consejo, las desigualdades no desaparecerán del todo, pero, se hallarán muy atenuadas, y serán menores las estridencias. Esto es lo único posible para vosotros sobre la tierra. Yo me voy, y volveré cuando sepa que sois más fieles a mi voluntad.

Aquellos labradores, cuando quedaron solos recapacitaron un poco, y se convencieron de que con la lucha o mejor dicho con el odio de clases, nada se puede aliviar.

Son necesarias la armonía, el amor de clases. En un mundo de hombres santos y perfectos, que se aman mutuamente, se puede obtener la mayor felicidad; pero en un mundo de hombres viciosos e imperfectos que se odian, ninguna felicidad será posible.

F. B. DE B.

Lógica socialista

—Desengáñate, Blas,—decía el *leader* socialista, un *leader* muy bien conservadito, con flamante vestimenta de burgués, y cadena y reloj de oro;—desengáñate: la propiedad es un robo.

—Muchas veces lo he oído, señor don Leandro,—contestó el obrero.—Muchas veces lo he oído, pero... ¿es verdad?

—¿Lo dudas?
—¡Quiá!... Cuando usted lo dice... Lo preguntaba por un por si acaso. Allá, en mi niñez, oía predicar al Cura que el que roba y no restituye se condena; pero eso deberá ser mentira... ¿No es así, señor don Leandro?

—Mentira, mentira estupenda. No lo dudes. Lo he dicho y lo repito, Blas: la propiedad es un robo. ¿Entiendes?

—Entiendo, entiendo.

—Y sino, dime ¿qué derecho tiene el rico para comerse el pan del pobre?

—Ninguno.

—Pues has de saber que los ricos y los curas y los frailes no hacen más que vivir a tus costillas.

—¿Qué me cuenta usted?

—La verdad neta. Vamos a ver: tú trabajas para el amo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Tú haces cerrajas para el amo ¿no es verdad?

—No, señor.

—¿Eh?

—Soy obrero ebanista.

—Es lo mismo: haces muebles para el amo.

—Eso, sí, señor.

—Y después de haber hecho los muebles, ¿no debieran ser tuyos y muy tuyos?

—¡Claro! Precisamente estoy terminando una cómoda, que el amo venderá a buen precio, y en casa sólo tengo un arcón apollillado. ¡Digo, si me vendría bien la tal cómoda!

—Pues la cómoda es tuya, y el amo te la roba. ¿No la trabajas tú? pues tuya debe ser.

—Pero el amo me paga el trabajo al fin de la semana,—observó el obrero.

—Esa paga también es tuya.

—Ya lo veo que es mía, pero ¿junto con la cómoda?

—Sí, junto con la cómoda. El dinero es tuyo, porque lo has ganado, y el mueble también es tuyo porque lo has hecho.

—Me deja usted pasmao. El mueble es mío, porque lo he hecho; y el dinero es mío, porque lo he ganado. Por consiguiente yo puedo quitarle lo que es mío.

—Justo.

—¡Ay, señor D. Leandro, qué piquito el suyo y qué cosas parla tan bien parladas! Créame usted, las tendré muy presentes.

El obrero añadió alargando un atadito:

—Con tanto cuento de propiedad y ricos y pobres, me había olvidado de entregarle esta suma que traigo de la Dirección para usted.

—¡Ah, sí! Veamos si está bien.

El *leader* hojeó un librote de cuentas.

—Aquí es,—dijo, al tropezar con lo que buscaba.—Mil doscientas pesetas. ¡A ver! Sí, justas me las has traído. Doscientas por mis honorarios de director del periódico; mil por la suscripción mensual en favor mío de mis buenos socialistas. ¡Qué rebuena es el pueblo sin rancias preocupaciones!—Y decía esto el gran pillo sonriendo, mientras metía los doce billetes de cien pesetas en el escritorio.—Espera, añadió, que te daré el recibo,—y salió.

El obrero quedó solo. Instintivamente miró el escritorio entreabierto, instintivamente murmuró «la propiedad es un robo» e instintivamente echó la zarpa al atadito de los doce billetes de Banco.

—Si es un robo la propiedad,—pensó,—¿por qué el señor don Leandro, que es rico, ha de tener esto, y no yo, que soy más pobre que las ratas? Aunque me los lleve no se enfadará. ¿Qué se ha de enfadar, si ama tanto al obrero! Además, él no querrá ser ladrón porque tiene de sobras, y mi agüela, que en el infierno esté, decía que el que roba a un ladrón ha cien años de perdón.

Así filosofando, Blas se guardó el dinero.

El señor don Leandro, volvió con el recibo y dijo entregándolo al obrero:

—Toma, y ¡viva el socialismo!

—Viva y reviva, señor don Leandro, y Dios le bendiga luengos años...

—¿Eh? ¿Dios?

—¡Ah!... «la naturaleza» Eso nos encarga usted que digamos... La naturaleza. ¿Qué

diablos! ¡Viva la naturaleza y vivan los sabios que dicen que la propiedad es un robo!

—Muy bien aprendiste la lección, Blas,—dijo el *leader* sonriendo y tendiendo benévola y amablemente al obrero su enguantada mano.

—Yo soy muy listo, señor don Leandro.—contestó Blas, y salió de la habitación haciendo un saludo cómico y riendo para sus adentros.

A poco, el señor don Leandro corría para la calle en busca de Blas. Bien pronto lo alcanzó.

—Me has robado, infame,—clamó, echándole el guante.

—¿Eh?—contestó el obrero mirando con ojos atravesados.

A los gritos, acudió un municipal.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Este ladrón que me acaba de robar del escritorio mil doscientas pesetas. No puede ser otro que él, porque es el único que ha quedado solo en la habitación. Aún debéis llevarlas encima.

A pesar de las protestas, amenazas y blasfemias del obrero, fué registrado y se le encontró la cantidad robada, que fué entregada al señor don Leandro.

Mientras Blas, maniatado, era conducido a la cárcel, gritaba desafortadamente al señor don Leandro:

—Tú me has quitado la poca religión que tenía, tú me has dicho que la propiedad es un robo, tú comes de los obreros tontos que engañas... ¡Ladrón! ¡embustero! ¿Por qué me has robado lo poco bueno que tenía?

Y un pillete que oyó la perorata, repitió mirando al *leader*:

—¡Ladrón! ¡embustero!

M. S.

Renán

El 25 de Enero de 1894 un célebre librepensador, M. Challemel Lacour, presidente del Senado, tuvo precisión de hablar en su discurso de recepción en la Academia francesa de otro librepensador más célebre que él, Ernesto Renán; en él tenía que hacer el elogio oficial, pero elogio al fin, del autor de la *Vida de Jesús*; en ese discurso la justicia y la mentira resultaron mezcladas de tal suerte, que vino a ser un triunfo completo para la verdad.

M. Challemel Lacour hizo saber a sus sorprendidos oyentes que M. Renán distó mucho de ser ni un gran talento ni un gran carácter; que sus obras carecen del sello de la verdad, que él se guardaría muy mucho de poner en práctica sus ideas extravagantes y sus vagos sistemas, y de tomar en serio a un hombre que carecía de buen sentido y que sólo se propuso burlarse de todo y de enriquecerse a costa de la verdad y de la historia.

Para completar este cuadro hizo notar su orgullo sin límites, su egoísmo increíble, el menosprecio que hizo del pueblo y de la patria, la ausencia completa de sentido moral y el exagerado celo por la propagación de la impiedad, que es lo que más distinguía a Renán el apóstata; el que con su literatura vino a ser en su género uno de los más grandes criminales de la humanidad.

Tal fué el apóstata Renán, que no

tuvo inconveniente en escribir su obra racionalista «Vida de Jesús» a cambio de unos cuantos miles de francos de los judíos; como Eugenio Sué escribió la suya «El Judío Errante», previo el pago de 100.000 francos; como Emilio Zola escribió «Lourdes», ofrecida al mejor postor entre los editores sin conciencia, idólatras del becerro de oro.

Algunos tráfugas del Catolicismo, escritores impíos, aunque no con las habilidades de los anteriores, mal avenidos con la moral del Evangelio por tener ellos OTRA para su uso particular, y otros, bastantes más, que han vendido su dignidad de católicos por un sueldo más o menos crecido, aunque en sus casas particulares tengan Cristos en el despacho y santos en casi todas las habitaciones, han venido en estos pasados días de la Semana Santa, despotricando según costumbre, contra lo más digno de respeto para todo hombre bien nacido. Citaron algunos *eruditos* a Renán en su «Vida de Jesús» para *combatir* al Divino Maestro. ¡¡Para combatirle!! Voltaire, maestro de la impiedad al que pretenden imitar casi todos los sectarios de hoy en sus campañas, llegó en sus atrevimientos a decir: «Antes de veinte años yo habré dado buena cuenta de Jesucristo y su doctrina. Nadie para entonces se acordará de tal personaje» y precisamente al cumplirse el plazo por él señalado, expiraba Voltaire pidiendo en vano un sacerdote y revolcándose en sus mismos excrementos. ¡De Dios nadie se burla! El sectarismo pasa, el Catolicismo es incommovible. Veinte siglos lo atestiguan.

Ya sabemos que estos impíos de ahora como los de entonces, no creen lo que escriben, que tienen las mismas intenciones del citado Voltaire cuando escribiendo a su amigo «La Chalotais» procurador del Parlamento de Bretaña decía: «Os agradezco que trateis de proscribir la instrucción en las clases populares a las cuales hay que ganar a *nuestros fines*, pero no instruir porque son como bueyes que solo necesitan el yugo y la cebada».

Bien vemos que esas clases por estos *maestros* dirigidas, creyéndoles de buena fe hacen atrocidades y cometen crímenes, sin resolver con ellos su afflictiva situación, en tanto que los *directores del movimiento* van *poniéndose las botas* como se dice vulgarmente; pero ¡tengan cuidado los que tal hacen! vean cómo paró Robespierre entre sus mismas huestes, y tantos otros del mismo jaez, doctrinarios y revolucionarios.

¡De Dios nadie se burla!, volvemos a repetir. Es misericordioso y concede horas de arrepentimiento, pero también es justiciero y las niega como a un Voltaire, un Zola, que hicieron mal uso de sus talentos y sufrieron muertes repugnantes.

Nosotros, como católicos y como periodistas honrados, protestamos

contra los que de tal modo ultrajan su dignidad más sublime, la de cristianos, y contra los que convierten la noble misión de la prensa en granjería repugnante...

¡Señor, perdónalos!...

EL PROGRAMA DE PÉREZ

UN APOSTOL DEL SOCIALISMO

—El ilustre compañero Pérez tiene la palabra.

—¡Bien por Pérez! ¡Viva Pérez!

—Compañeros, muchas gracias;

esas manifestaciones

me regodean el alma

y al oír las me parece

que me van *saliendo* alas

pa remontarme de un *güelo*

en pos de la democracia.

—¡Bravo, bravo!

—¡Mu bien dicho!

—¡Así se habla!

—Voy a *esponersus* ahora

la *sinétesis* del programa

del partido socialista

de una manera bien clara.

¡Queridos conciudadanos!

¿Sabéis qué es aristocracia?

¡Pues es el cáncer que roe

sin notarlo, las entrañas

del honrado ciudadano

que viene a ser como el paria

(¡fijarse bien en la frase

y en la antedicha palabra)

de la terrenal *Uropa*

y del continente España!

—¡Mueran los ricos!

—¡Que mueran!

—¡Callarsus que estoy en habla!

¡Ese cáncer, compañeros,

con precaución y con maña

hay que arrancarlo del cuerpo

de la dolorida patria!

(*Estruendosa ovación*).

¡U arrancarlo con fiera

de fiera que está cansada

de sufrir la *esclavitud*

de las clases elevadas!

(*Ovación y oreja*)...

Y si no lo conseguimos

a las buenas, ¡por las malas!

¡¡Con pólvora y dinamita

curaremos a la patria!

(*Ovación, oreja y rabo*).

—¡Viva la revolución!

—¡Mueran los que tienen *pasta*!

—¡Abajo la Monarquía!

—¡Arriba la *plutocracia*!

—¡Viva Pérez! ¡Viva Pérez!

—¡Vivan los *tíos* de agallas!

—¡Pueblo nuevo, pueblo sano;

el *versus* así me agrada!

Ya se va acercando el día,

en que por calles y plazas

demonstréis, como aquí dentro,

la razón de vuestra causa;

¡y entonces a los burgueses

les pondremos de metralla

hasta que se acabe el plomo

de las justicieras balas!

(*Ovación, oreja, rabo*

y *prendas de vestir*).

no sus olvidéis del clero

el día de la *matanza*,

y que no quede uno solo

de los que *visten sotana*!

.....

Con los bienes de la Iglesia

y los de la aristocracia

fundaremos unas fuertes

y grandes casas de banca

donde *sus* darán a todos,

por igual, a la semana,

cien pesetas en papel

y cuarenta y cinco en plata.

Además, los edificios

oficiales y las casas
se rifarán entre todos
los hermanos de la causa;
tan sólo la Equitativa
será la que no entre en tanta
por tenerla ya *echá* el ojo
el *manuse* que *sus* habla.
—¿Queréis la revolución?
—¿Queréis pasta?

—¡Naturaca!

—¡Pues aguardar con paciencia
que tal vez hoy u mañana
suene *pa satisfacersus*
la hora de la venganza!
En tanto sólo *sus* ruego
que abonéis *una beata*,
que a todos *sus* corresponde,
de gastos de propaganda.
(¡Si estos *primos* se enterasen
de mi *combina*, me daban
una ensalada de palos
que me rompían el alma!)

Por la transmisión,
DON EXISTO.

Táctica socialista

No se tiene noticia de que una agrupación de socialistas haya jamás planteado y defendido reclamación alguna justa a los patronos, como tampoco se sabe que ningún burgués de esos que *patrocina* las sociedades de resistencia haya concedido espontáneamente a los obreros por él explotados la más insignificante mejora de salario o de jornada.

Esto, que no lo ignora casi ningún trabajador de los que tienen dos dedos de frente, constituye la causa principal del escasisimo aprecio que la clase obrera concede a las instituciones gobernadas por el socialismo intrigante metido a sociólogo de baratillo para pretender—inútilmente, por supuesto—que el proletariado se aparte, definitivamente y en masa, de la Iglesia católica, cuyas buenas relaciones con la clase obrera son muy conocidas.

Para contrarrestar en lo posible ese des crédito que rodea a las organizaciones de obreros socialistas, los mangoneadores de ellas suelen acudir de vez en cuando al empleo de recursos efectistas, propios para engañar a los cándidos, que tienen la marca de fábrica puesta en todas sus obras por unos cuantos que se elevaron rápidamente para poder vivir con desahogo.

¿Hay una crisis de trabajo, se encarecen las subsistencias o está planteada una huelga en que hay manera de negar la razón a los obreros? Pues los directores del retablo aprovechan cualquier ocasión para celebrar uno de esos ridículos mitines *sindicalistas* a que asisten tres docenas y media de personas, y los perrillos falderos del director sueltan los discursos que éste les mandó aprender, ladran un ratito—seguros de que a distancia pueden hacerlo—contra las instituciones y acaban enviando furibundos telegramas de protesta en que *enérgicamente* piden la apertura de trabajos para remediar la crisis obrera, el abaratamiento de las subsistencias o la intervención gubernamental para meter en cintura a la Empresa patronal que desoye las pretensiones *justisimas* de sus obreros en huelga.

Las autoridades y el Gobierno se sonríen mefistofélicamente cuando reciben esas *enérgicas* protestas. Saben con quién se gastan los cuartos, conocen a los protestantes y comprenden que éstos representan una comedia para ver si pescan algún trabajador con la farsa. Pero no faltan obreros poco perspicaces que se dejan seducir por esas apariencias y piensan: «Hombre, indudablemente, los socialistas miran por la clase obrera».

La táctica, como se ve, no puede ser más socialista. Pero es fácil contrarrestarla.

Basta con pensar unos breves instantes. ¿Hay crisis de trabajo? ¿Cómo es que sus amigos los capitalistas radicales no comienzan una mala obra? ¿Están caros los artículos de primera necesidad? ¿Cómo los almacenistas protectores de los centros socialistas no sacrifican en obsequio del pobre una parte de sus fabulosas ganancias? ¿Hay una Compañía que intransigentemente desoye las reclamaciones de sus obreros? ¿Cómo es que los accionistas de la conjunción y los amigos acaudalados y también conjuncionistas amigos de estos accionistas y consejeros de los mismos señores consienten que tal ocurra? A ver si algún valiente socialista contesta a esas preguntas. ¿Qué ha de contestar! Lo que ocurre es que la táctica socialista hace aparentar a los organismos redentores un espíritu que no tienen, que no pueden tener, porque, como obra que son, cuando menos se piensa, de la clase capitalista, han de estar forzosamente sometidos a ella, incapacitados para reclamar dignamente nada de ella.

UN OBRERO CONSCIENTE.

Hay que hablar claro

Las clases directoras en su mayoría han hecho más daño a la sociedad y a sus propios intereses que los mismos socialistas y anarquistas. ¡Terrible acusación, pero cierta y evidente!

¿Qué han hecho para educar al obrero, (entiéndase bien, educar), para moralizarle? Algo han hecho, sí; arrojar leña al fuego de los odios y rencores, soplarlo con sus altanerías y soberbias y avivarlo con sus desplantos y desprecios, produciendo una hoguera que lo ha de consumir todo.

Muchos se quejan de que el obrero no tiene educación que es despota y avasallador, que tiene ideas disolventes, que es incrédulo y vicioso; justo, ¿pero no han dado lugar ellos mismos a que llegue a ese extremo? ¿No se oye a muchos burgueses a muchos patronos, que para que la fiera se entretenga

hay que arrojarle algunas piltrafas, arremetiéndolo furiosos contra la Iglesia y sus ministros, contra el dogma, contra las asociaciones religiosas, contra la enseñanza católica (creando escuelas laicas), contra el orden sobrenatural, contra su conciencia y contra el mismo Dios? ¿No saben los muy necios e incautos que acabadas esas piltrafas, la fiera se revolverá en su jaula y los atacará a ellos mismos?

Hay que hablar claro. Se quiere engañar al obrero poniendo como pantalla al Clero y a la Iglesia; se le repite una y muchas veces que para el progreso, la civilización y la cultura no hace falta la Fe, se inocula la duda en sus inteligencias, se extravía su razón, se envenena su voluntad, se irritan sus pasiones y luego ¡claro está! estallan en su corazón odio y aversión profundos a todo lo sobrenatural, persuadido de que cuanto tienda a hacer desaparecer este orden, contribuye a la felicidad del hombre sobre la tierra, única que se les ha hecho creer que existe.

Y no obstante tales predicaciones, el obrero tiene hambre, los labradores se quejan, los artesanos emigran de su patria creyendo mejorar de fortuna, el industrial se lamenta de la competencia, el hombre de carrera no puede vivir con el pequeño sueldo que se le asigna y todos, presa de malestar profundo, truenan contra lo existente. La irreligión, el desprecio, el odio y la calumnia contra la Iglesia católica que en boca de muchos patronos bulle de continuo, son la mina aplicada a los cimientos de la sociedad, y preparada por ellos mismos con materias explosivas que han de derribar el edificio social.

Entre los escombros de ese derrumbamiento han de quedar sepultados ellos, lanzando al viento tardías e inútiles quejas, maldiciendo su torpe ceguera y marcando con sus ensangrentadas huellas, para escarmiento y ejemplo de las futuras generaciones, el camino que los ha conducido a tan desastroso fin. Sabemos muy bien que nuestras voces caen en el vacío; sabemos más; que nuestras palabras son acogidas con

sonrisa compasiva o gesto despectivo; ¡no nos importa! el tiempo se encargará de hacernos justicia, ya que no se necesita ser profetas para augurar terribles acontecimientos que rápidamente han de desarrollarse.

La cuestión obrera

En un principio regíase la sociedad sobre estos tres puntos: Dios, autoridad, propiedad. Hoy el socialismo quiere apoyarla en la negación de Dios, de la autoridad y de la propiedad; de ahí el ateísmo, la anarquía y el colectivismo. He aquí de lo que se trata.

La cuestión obrero-social es a un tiempo cuestión económica, cuestión moral y cuestión religiosa.

Es cuestión económica porque trata de la justa distribución de los bienes de la sociedad.

Es cuestión moral, o mejor, ético-jurídica porque refleja los principios reguladores del trabajo de los individuos y de la sociedad, la norma según la cual debe establecerse lo justo y lo honesto, la base y el fundamento de la vida civil.

Es cuestión religiosa porque no puede haber una base inconcusa de lo justo y lo honesto, una fuerza moral que imponga a la conciencia el cumplimiento de todos los derechos, donde se prescindiera de la existencia de Dios, de la ley divina y de la vida futura.

J. Ballerini.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. V.—Oviedo.—Pagó a fin Enero 1917.

Srta. D.ª D. P.—Madrid.—Id. 1916.

Sr. Dr. del C. de S. A.—Madrid.—Id. fin Junio 1916.

Sra. D.ª T. C.—La Felguera.—Id. id. id.

Por mediación de un querido amigo nuestro, propagandista católico, modelo, hemos recibido 5 ptas. de D. J. M. R. V., de Valladolid, para nuestros apremios de administración.

Dios se lo pague al donante y al portador.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

RECIBE V. SELLOS

Mandando sellos usados ordinarios procurará usted gran gloria a Dios. Ayudará a librar a los jóvenes de las malas lecturas y propagará las buenas entre los niños necesitados. Pida informes y detalles de este hermoso apostolado. Para ello basta que mande su tarjeta o sus sellos en sobre abierto con sello de 1/4 de cent. a

Sr. Director de "La Rotativa"—Apart. 213.—Barcelona

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS

Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

Calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.